

Bellas de época

Crónica por Esteban Uribe

Un puñado de mujeres de una belleza así, al natural, sin dietas ni cirugías iniciaron el camino de las solicitadas modelos de hoy

Las pasarelas tal vez sólo fueron para ellas un buen pretexto para golpear la monolítica losa de mojigatería de la Medellín de los sesenta y setenta hasta abrirle una grieta. Tal vez sólo fue una disculpa, porque caminar ataviadas o desprovistas de grandes prendas sobre plataformas de tabla a manera de pasarelas, abriéndose paso entre hileras de miradas fijas y bocas abiertas, no era, ni mucho menos la gran profesión de la época, o por lo menos no era vista por las familias de la villa como algo que mereciera alguna importancia siquiera. Se trataba simplemente de desfiles cuyo único objetivo era reunir dinero para alguna causa de beneficencia. El mundo estaba allá afuera y Twiggy, la espigada modelito inglesa que revolucionó con su fino perfil la estética corporal para el resto del siglo, aún para los medellinenses más espabilados, podía ser perfectamente la marca de alguna galletica danesa.

Contrariando a los hijos que trae cada nueva generación, y su tendencia a creer que las generaciones de sus padres hacia atrás eran algo más tontas que la suya, la Medellín de escasos 600 mil habitantes que presenció el nacimiento del modelaje podía ser todo lo pacata y conservadora que se quisiera, pero de sonsa no tenía ni un pelo. Les consta a las asediadas y perseguidas niñas bonitas, acostumbradas a escuchar todo tipo de propuestas caballerosas y no tanto, en el tiempo en que el Sagrado Corazón de Jesús todavía ocupaba la presidencia de la República. Niñas de diecisiete que se iniciaron modelando diseños sacados de las revistas que regularmente llegaban a Medellín vía Miami entre los neceseres de las señoras bien y que hicieron de la rebeldía –unas más que otras– una forma de vida. La seguridad que les confería su irresistible belleza natural era el salvoconducto para ejercerla con toda inmunidad.



Y hubo entre ellas piedras (o mejor perlas) de escándalo, como la primera modelo que se atrevió a modelar el recién inventado bikini en una sacrosanta pasarela del Club Campestre en 1956. Su nombre, como la luminosidad que alcanzó, era Sol Beatriz Duque, una joven de 18 años que venía poniendo en práctica desde los diecisiete las recomendaciones de inconformidad aprendidas en sus andanzas con los diabólicos nadaístas, alternadas con las de *glamour* que dictaban en compañía la respetada señora de la belleza santafereña, Hilda Strauss, y la recién llegada con novedades de Londres, Sonia Jaramillo.

Con aquel desfile impudoroso que indignó profundamente a Marcos Peláez, administrador del Club, se desató un violento y extendido cotilleo social en la ciudad,



que llegó casi telegráficamente hasta los omnipresentes oídos de la Basílica Metropolitana, donde monseñor Marco Tulio Zuluaga tomó riendas en el asunto y llamó a la linda ovejita descarriada para pedirle arrepentimiento y regreso al redil. Pero no hubo confesionario ni ánimas benditas que valieran, y la modelo siguió agitando su belleza de Lolita, provocadora y fatal, por Junín, donde el olor a incienso ya se comenzaba a confundir con el de la marihuana que se conseguía en el Bar Ganadero o en la Terraza Orquídea.

En el mismo club, meses más tarde, el administrador protagonizó un nuevo aspaviento cuando con todo respeto se acercó hasta la piscina, donde la señorita tomaba un baño, y le recordó que estaba prohibido tomar el baño en traje de dos piezas, a lo que Sol respondió: ¡Ah!, bueno. Entonces, ¿cuál de las dos me quito? Lo que siguió después de esa respuesta fueron seis meses de suspensión del refinadísimo club.

Contemporánea en esos sesenta con Sol Beatriz, estaba Yolanda Barraza, una exuberante mujer de piel morena y 1.70 de estatura rematada con una cabellera larga de ónix, que también levantó enconados cacareos en su historia como modelo; pero sin duda el más virulento de todos lo enfrentó en 1985, a sus nada notorios 39 años, cuando tomó la decisión de concebir un bebé ilusionada por el avance que significaba el nuevo método de la probeta, que además le exigía viajar a Londres.

El viaje se hizo, el tratamiento vino y una bebé tan hermosa como su madre nació en medio de una tempestad de ataques y habladurías que también tocaron las puertas de la

Lástima que la televisión sea en colores

iglesia, que le esgrimió en alguna ocasión a Yolanda la palabra excomunión por ser la madre de la primera bebé probeta del país y abrirle el camino a una fila de esperanzadas madres de todo el país dispuestas a conseguir el éxito de la primera.

En las primeras modelos de Medellín, la belleza era así no más, al natural, sin dietas anoréxicas, mancuernas de gimnasia o silicona bajo la piel, aunque sí con galones de laca, noches de rulos y secadores con forma de cápsulas espaciales. Su silueta era silvestre aunque



ayudada de las tímidas sesiones de “educación física” de colegio de monjas y sin importar con qué tanta *Emulsión de Scott* las hubieran levantado. El culto al cerebro aún primaba sobre el culto al cuerpo y no al contrario, como ha pasado a ser hoy. Tampoco estaban en posesión del dinero: no valía la pena. Era tan poco el que ganaban, que vivir en aquella época con sueldo de modelo en Medellín era impensable. Tal vez esto influyó en la repulencia de los patriarcas hacia el modelaje de sus hijas. Quién sabe si en el caso de haber visto brillar el oro, su mentalidad de compraventa los habría empujado a ser sus mecenas más apasionados.

Mucho antes que Sol Beatriz y Yolanda, por allá en los años cincuenta, una mujer, que jamás hizo modelaje, hacía guardar minutos de perplejidad cuando entraba a un salón o caminaba por las calles de la ciudad; el comentario general –tal vez algo exagerado, tal vez algo cierto– era que ella, María Victoria Mejía, tía de María Emma, otra modelo más o menos reciente y dedicada a la política, paralizaba el tráfico en las calles de Nueva York cuando viajaba allí.

Algunas de las pioneras de la profesión pasaron alguna vez por Cartagena, como le sucedió a María Estela Sáenz, quien fue reina de Antioquia en 1965 y a partir de ese momento se dedicó al modelaje profesional. Su rostro se hizo célebre en un calendario por el que casi todas las modelos pasaron sin filtro: el de Pielroja. Su cuerpo abrió avisos publicitarios y protagonizó un largometraje de 35 milímetros, hasta fundar la primera academia de modelos de la ciudad, llamada *Pasarela*, ubicada en el hotel Nutibara, por donde desfilaron las soberbias esculturas de Yolanda Barraza, Madivan Montoya, Carmen Cecilia Correa y la célebre Martha Luz del Corral, que llegó a Cartagena en 1966, con 24 años de edad, como parte de la comitiva de Antioquia, pero sorprendida porque veía una barra nutrida pero reina por ningún lado, se atrevió a preguntar: ¿Bueno, y dónde está nuestra reina?, y uno de los comisionados le respondió:

La reina de Colombia es la virgen de Chiquinquirá

No; es que la reina sos vos. Ya desde Medellín le habían pedido oficialmente a esta amante de Los Beatles que aceptara la corona, pero ante su recurrente negativa, no hubo más remedio que llevársela con el agradable, pero nada sutil engaño, corriendo el riesgo de que no aceptara. Pues el riesgo valió la pena y esa noche, en Cartagena, fue nombrada reina a decretazo limpio.

A Martha Luz, como a sus colegas de la entonces incipiente profesión, entre las que estaba María Inés Martínez, comenzaron a llegarles los contratos de las textileras a través de las dos únicas agencias de publicidad de Medellín: *Par Publicidad* y *Tea Publicidad*, que en un principio contrataban a las inocentes jovencitas por cinco centavos, les tomaban las fotos sin el trucaje de esta era digital, y le pasaban jugosas facturas a los clientes de la época: las grandes textileras.

Las pasarelas tampoco tenían el estruendo de luces y sonido de hoy. Una de las más famosas, “El Menú de la Moda”, se inició en 1973 en el tradicional restaurante La Bella Época, donde Martha Luz del Corral modelaba, mientras Alicia Mejía junto a Maritza Uribe se encargaban del diseño y el menú. Y no les iba mal: cada vestido se vendía a 1.500 pesos.

Las mujeres que se inventaron el modelaje en Medellín ahora son profesionales de agenda repleta en el comercio, en la decoración, en la publicidad, en la política o en los medios. No sólo abrieron botones, subieron ruedos y bajaron escotes, sino que también contribuyeron a destapar un poco mentalidades cerradas de esta ciudad de moda y rollos de tela, de esta engañosamente diáfana tacita, si es que algún día lo fue.

Junio de 1998